

23

TETA: Turismo y Cambio Ambiental (Aventura, Desarrollo, Visión, Misticismo)

aprehende la imagen como parte de «lo natural» y como un objeto de la cultura que visita (normalmente oculta tras el velo de la industria) en un ejercicio de codificación e interpretación desde su modo de vida y cultura de origen, cotidiano por el sistema turístico. La espacialidad y la temporalidad de lo «inmortal» de lo creado.

Si bien las características individuales del turista (grado de instrucción, lugar de residencia habitual, expectativas, etc.) van a condicionar en mayor o menor medida la aprehensión de la imagen del destino, los estereotipos que en la actualidad son difundidos por los medios de comunicación de masas (Bardón Fernández, 1991: 37) la desvirtúan y fuerzan al individuo a adaptar su propia observación/participación a la imagen que resulta más conveniente al negocio turístico. Y algo parecido, pero de consecuencias más duraderas sucede a los poblados de destino.

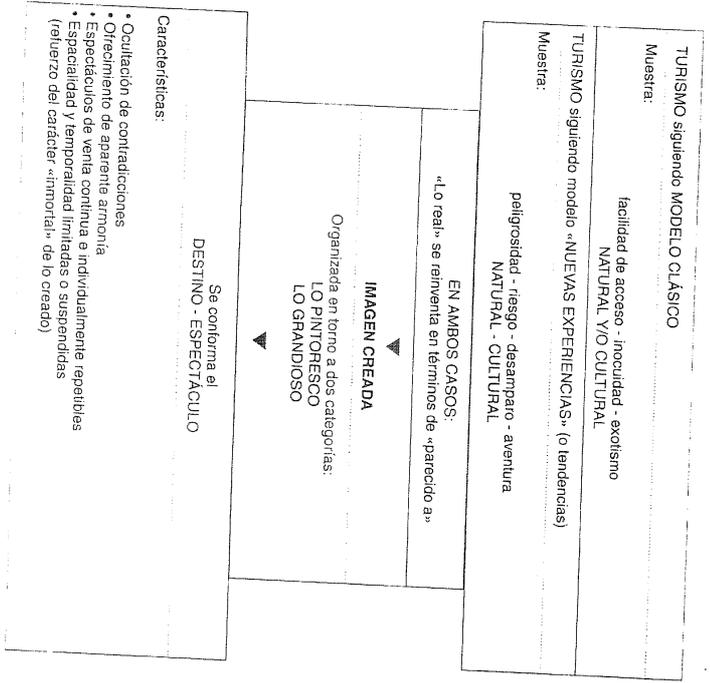


Fig. 3.3. Reducción de la imagen creada y el destino.

Ahora, si partimos de que el área de destino es algo más que un simple espacio físico, que es el resultado de la proyección cultural de los grupos sociales que en él han habitado, que se toma como símbolo de identidad más que como mero entorno, hay que admitir a priori que la interiorización de la nueva imagen por parte de los locales va a causar, cuando menos, modificaciones culturales a corto plazo. Cuando los anfitriones han de asumir en la vida diaria/laboral los patrones de imagen creados por otros y apoyados por aparatos y datos por válidos, socializando a lo económico, éstos son legitimados y dados por válidos, al menos en lo económico, éstos son esos nuevos valores, aunque no podamos achacar este comportamiento siempre y exclusivamente al turismo. En el peor de los casos, los actores-anfitriones, a merced de los cambios de tour-operadores y gustos de las sociedades de origen del turismo, comienzan a tomar su pasado e incluso su cotidianidad como parte del espectáculo, pudiendo convertirse en caricaturas de sí mismos.

Con la irrupción de un grupo social más o menos homogéneo, el turista, se dan valores nuevos a objetos (como símbolos), a relatos es efímeros, a las posiciones sociales y a las ocupaciones de la gente, renacen historias, cuentos y leyendas, el paso de lo religioso-festivo al profano adquiere un nuevo sentido (objeto de intercambio económico) y cuando no existen esos rituales se «reinventan». La representación de labores y/o rituales tradicionales, el portamiento público, los cánones del prestigio, el reconocimiento familiar y/o grupal, las representaciones individuales, son objeto de cambios más lentos que la economía o el medio físico bajo el peso del turismo; tal vez por ello conocemos tan poco de estos aspectos.

3. Turismo y desarrollo: revisión de los impactos generados

Las gentes que padecen o disfrutan de las principales consecuencias que genera el turismo, sean positivas o negativas, son los habitantes de las colectividades locales de las regiones de destino. Éstos no son siempre simples sujetos pasivos del cambio y, aunque sólo en extrañas circunstancias promueven conscientemente el encuentro, no se pueden negar ni las ventajas económicas, en principio y con frecuencia necesarias y útiles, ni que en ciertas ocasiones, desarrollo turístico brinda a los locales, como grupo, la posibilidad de abrirse al mundo exterior y promocionar su identidad cultural. Ahora bien, el turismo es generalmente impuesto por factores externos en función solamente de imperativos económicos, sin ocuparse de los efectos que éste conlleva, los cuales han ido incrementándose desde la década de los treinta en complejidad y contradicción. Este hecho ha llevado, tal vez en demasiadas ocasiones, a emitir juicios y ponderaciones poco deseables sobre la bondad o maldad del desarrollo turístico.

El procedimiento general para el estudio de los impactos del turismo, según Nash (1987: 5), ha consistido en poner de relieve alguna asociación estadística, o de otro tipo, entre la aportación turística y otros desarrollos en sociedades anfitrionas y, de ahí, concluir con más o menos acierto una serie

de relaciones, mayoritariamente negativas, entre ambos. El problema surge cuando los mecanismos, técnicas y pasos para determinar las variables y relaciones en este proceso no se hacen explícitos. Para que las afirmaciones acerca de las consecuencias y aportaciones del turismo, tanto hacia las sociedades anfitrionas como para con las generadoras de turistas, puedan ser aceptadas con confianza es necesario que el investigador, por una parte, se provea de la información etnográfica disponible del área de destino (en demasiadas ocasiones habrá que «etnografiar» el destino), y por otra, haga constar cuáles han sido sus consideraciones metodológicas, cuál el modelo seguido.

Con este fin, el de proponer un modelo general de valoración/asesoramiento de los efectos que ocasiona el turismo, hemos de partir de las consideraciones ya realizadas sobre las tipologías del turismo, turista y desarrollo turístico. Es decir, partiendo del conocimiento etnográfico del destino, tendremos que responder a una primera cuestión, ¿quiénes son los turistas?, verificando variables como propósito del viaje, voluntariedad, transporte utilizado, duración de la estancia o permanencia, repetición, etc., para posteriormente examinar la forma y tipo de desarrollo turístico que se ha dado en el área de estudio. Para ello, es posible seguir el modelo propuesto por Pearce (1986 y 1992), consistente en:

1. Examinar el contexto del desarrollo (medio ambiente, sociedad, cultura, economía, etc.).
2. Examinar cuantitativa y cualitativamente el desarrollo del turismo.
3. Realizar previsiones futuras del desarrollo del turismo.
4. Identificar las diferencias entre 2 y 3.

Respondiendo a cinco cuestiones de carácter específico, fundamentales en el análisis: ¿cómo ha comenzado el desarrollo? (natural/construido; público/privado... incluyendo el tipo de atracción al destino), ¿dónde ha comenzado a desarrollarse el turismo? y ¿cuáles han sido sus vías de expansión? (aspectos espaciales), ¿quiénes son los promotores del desarrollo? (público/privado; local/foráneo; individual/corporativo...) y ¿cómo se ha realizado el desarrollo? (interrelación de factores como necesidades económicas e infraestructurales, seguimiento de la planificación, proceso de ventas...), además de indicar cuál es la distribución regional de los núcleos turísticos, se podrá iniciar un estudio exhaustivo de los impactos generados por el desarrollo turístico.

El proceso debe llevarse a cabo, en la medida de lo posible, a través de parámetros y expresiones cuantificables, como capacidad de carga, efecto demostración y efecto onda (Nash, 1987: 6), y/o explicitando los niveles de análisis de aquellas variables de tipo cualitativo incluidas en la investigación. Los impactos generados⁷ deben ser asociados en tres categorías:

7. Estamos aquí partiendo de la base, sugerida por Miossec (cf. Pearce, 1986: 3), de que los impactos puntuales están conectados a desarrollos específicos (véase la tipología de Peck y Lepie, 1992, en apartado 1.1) y, por tanto, sólo son comparables en términos de parámetros generales, más o menos abstractos, inducidos a partir de la cuantificación de los factores reseñados.

A) Impacto económico. Costes y beneficios que resultan del desarrollo y uso de los bienes y servicios turísticos.

B) Impacto físico. Alteraciones espaciales y del medio ambiente.

C) Impacto social y cultural. Cambio en la estructura colectiva y forma de vida de los residentes en las áreas de destino, incluyendo las consideraciones de este impacto sobre el nivel interpersonal.

Ahora bien, es necesario aclarar que, de alguna manera, tal división es artificial o metodológica, puesto que, en realidad, los saltos de una a otra categoría son normalmente indistinguibles y sus contenidos suelen estar, cuando menos, íntimamente relacionados.⁸

Con la aplicación del modelo es posible afirmar que la naturaleza de los impactos del turismo sobre una población dada es el producto de la interrelación de complejos factores políticos y económicos, tanto como de la geografía particular, el tamaño de la misma y las características recreacionales que atraen a los turistas o las posibilidades de empleo que la hacen foco de la emigración laboral (Peck y Lepie, 1977: 171-172; De Kadt, 1979: 4; Lea, 1988: 66). El modelo además sugiere que el índice de cambio y la magnitud de los mismos afecta a la integración de las gentes del destino; además, la naturaleza del cambio asociada con el turismo debe ser correlacionada con las fuentes de regulación del poder; tanto político como económico, que emerge como un factor central diferenciado en los impactos turísticos.⁹ El ocio, en el sistema turístico, ha sido reemplazado por el consumo (Melis y Oliver, 1987: 11) y este juega un papel central en la reproducción de la estructura económica y en la existencia cotidiana, legitimando a través del proceso turístico un poderoso sistema aculturativo.

3.1. EL IMPACTO ECONÓMICO DEL TURISMO

El desarrollo del turismo ha sido acompañado por cambios en la estructura económica de los destinos y, si bien los efectos del turismo sobre la economía han sido los más intensivamente descritos, poco se conoce acerca de tales cambios estructurales en los niveles regionales y locales (Archer, Shea y Vane, 1974; Wall y Knapper, 1981; Aga Khan, 1994; Ascanio, 1994; Becker y Bradbury, 1994; Archer, 1995; Archer y Fletcher, 1996), dirigiéndose la mayoría de

8. Una muestra de ello la encontramos en que muchos investigadores aplican la distinción realizada por la UNESCO (1976) entre impactos socioeconómico y sociocultural, diluyendo en ambos los impactos sobre el medio ambiente.

9. En situaciones donde los grupos ya están aculturados, éstos tienen (o serían) igual poder, con lo que a la mínima ruptura la comunidad puede desintegrarse como tal (Peck y Lepie, 1977: 172), potenciando circunstancias que algunos han llamado de «neocolonialistas». En cualquier caso, se ha de diferenciar entre el neocolonialismo, al cual nos referimos como una consecuencia de las tradiciones del juego político-económico tendientes a tomar los destinos como satélites de la metrópoli (Centroeuropa), del etnocentrismo (Smith, V. L., 1977: 68). Este, patrocinado también por el fenómeno turístico, se debe más al turismo de élite y de masas, formado fundamentalmente por adaptados de clase media o bien por una clase rica y ociosa, que una vez al año se despiden de la percepción de sí mismos, se transforman en turistas y compratan y manifiestan su estándar de vida, supuestamente superior, con el de los locales-anfitriones que ellos visitan.

D) En cuanto a la *dinámica de poblaciones*, el turismo ha marcado un efecto, cuando menos, estacional sobre la densidad de población de todos los puntos de destino, alterando playas, montañas y parques naturales al provocar la congestión física de algunas áreas y el incremento en la demanda de recursos (tierra, agua y energía). Además, el desarrollo de esta industria es usual que afecte al tamaño, estructura y composición de la población residente (Pearce, 1986: 52), originando nuevas migraciones laborales cercanas o la atracción de trabajadores, generalmente jóvenes, al área. Conseguencias obvias de este hecho se observan en la reducción de los lazos familiares, ruptura de la familia extensa (Greenwood, 1977), aumento de hombres y/o mujeres (según la etapa del desarrollo turístico) en los grupos de edad productivos de la pirámide, etc.

En casi todos los casos, según Díaz Rodríguez (1985: 325-326), las tasas de crecimiento de la población de hecho son más elevadas debido a la intensa afluencia de individuos (turistas y trabajadores) que no fijan su residencia, mientras que las de derecho pueden o no bajar mucho con respecto a aquélla por la enorme avalancha de inmigrantes, procedentes de zonas más o menos cercanas, que fijan la residencia en torno al área en desarrollo. Cuando menos sea el porcentaje que representa la población de derecho con respecto al de hecho, podremos inferir que el número de turistas es mayor en relación a los habitantes residentes.

3.3. EL IMPACTO SOCIOCULTURAL DEL TURISMO

Con un fin turístico, los viajes a diferentes áreas del mundo ofrecen la oportunidad de ver, observar y, pocas veces, participar en culturas y modos de vida «extrños» a los ojos del turista. El desarrollo del sistema que soporta a estos nuevos viajeros, como ya hemos visto, viene acompañado por impactos tanto de carácter económico como físico o espacial, pero también otros, no menos importantes, sobre el entorno social y cultural que tienden, a través de esa actividad «limpia» (Duyssens, 1989: 116) que es el turismo, a reestructurar la sociedad y homogeneizar la cultura como fenómeno urbano (Proffhonne, 1985).

En términos simples podríamos decir, diferenciándolos de los anteriormente revisados, que los impactos socioculturales son *impactos sobre la gente*, esto es, los efectos que sobre los residentes habituales yijos de la comunidad anfitriona tienen las asociaciones directas e indirectas con los visitantes, a los que habría que añadir los efectos de la actividad turística y los encuentros sobre los mismos individuos que practican el turismo y sus sociedades de origen. La distinción, no cabe duda que necesaria, entre estudio social y cultural es particularmente dura de identificar (Jea, 1988: 62), convirtiéndose aquí que el

25. El fenómeno de *revalorización*, al comenzar, comprende una fase, cuya es la que el pueblo adopta a la expectativa, sin terminar de abandonar sus rasgos y mentalidad tradicional, ni definir a partir de ellos sus rasgos con la tierra natal (Fernández Fuster, 1985: 212).

impacto social incluye los cambios más inmediatos en la calidad de vida y el ajuste a la actividad en las comunidades de destino, mientras que el impacto cultural (o aculturación turística, Fernández Fuster, 1985: 15) abarca los cambios a largo plazo en las normas sociales, la cultura material y los estándares, los cuales irán emergiendo gradualmente en una relación social comunitaria.

En las últimas décadas se han llevado a cabo un buen número de estudios que examinan este tipo de impactos y, en contraste con los efectos económicos, en casi todos los casos, la literatura los muestra desde una visión negativa. Algunos han inventariado numerosos impactos concretos (Young, 1973; Jafari, 1974; Turner y Ash, 1975; Adams, 1992; Berghé, 1992, 1995; Black, 1996), otros se han concentrado sobre un tipo particular de ellos (Jud, 1975; Graburn, 1976; Eadlington, 1978), lo han localizado sobre zonas específicas, incluyendo las islas del Pacífico (Farrell, 1977; Finney y Watson, 1977; Chesney-Lind y Lind, 1986; Cassford y Dingwall, 1994), Asia (Francillon, 1975; McKean 1976; Cohen y Cooper, 1986), España (Greenwood, 1972; Agudo Torrico, 1991; Santana Talavera, 1987, 1990), Europa (Boissevain, 1996; Bostedt y Mattsson, 1995), África (Ouma, 1970; Bachmann, 1988), el Ártico (Beck, 1994), el Caribe (Byrden, 1973; Pérez, 1975; Lundberg, 1974); De Kadt en 1979 ya realizó una sucinta recopilación sobre los tópicos que aparecen en diferentes autores; Smith (1977) y Netckoven (1979) expusieron y discutieron acerca de los mecanismos de interacción intercultural, etc.²⁶

Un tema común en el estudio del turismo es el considerable cambio cultural forjado por la llegada de los turistas (McKean, 1977: 93-94), partiendo siempre de suposiciones del tipo: 1) los cambios provocados por la intrusión de un sistema externo producen disonancias dentro de la débil cultura receptora; 2) los cambios son generalmente destructivos para la población nativa; 3) los cambios conducen a una homogeneización cultural, pasando la identidad étnica o local a ser sumida bajo la tutela de un sistema, similar al industrial, tecnológicamente avanzado, una burocracia nacional/multinacional y una economía orientada al consumo.

En general, si bien los impactos socioculturales son numerosos y variados, la mayoría de ellos pueden ser clasificados en diez tópicos mayores (Cohen, 1984: 385; Pearce, 1986: 41): la comunidad envuelta en un sistema anfitrión, la naturaleza interpersonal de las relaciones, las bases de la organización social (composición sexual y generacional, modificación del tamaño y tipo de familia, transformación de una población rural en urbana, etc.), el ritmo de vida social (vida diaria), la migración, la división del trabajo y el tipo de ocupación (aumento de demanda de fuerza de trabajo femenina), la estratificación (tanto laboral como social), la distribución del poder, la desviación de las costumbres y el arte.

Tales tópicos se desenvuelven en un contexto marcado por los grupos interculturales y las relaciones entre ellos. En este sentido se acepta la dicotomía básica *host and guest* (Smith, 1977), esto es, anfitrión e invitado, si bien algunos

26. Puede encontrarse información detallada por áreas geográficas e impactos en los descripciones de la bibliografía de este texto.

como Murphy (1984) prefiere denominarlos, sin dejar en desuso la anterior, residente y turista. Podemos pues establecer tres categorías diferentes implicadas en este tipo de impacto (Affeld, 1975: 109):²⁷

- a) El turista, cuyos estudios han mostrado las ramificaciones de la demanda de servicios turísticos y las motivaciones, actitudes y expectativas de aquel.
- b) El residente, enfatizando el papel que juega como oferente de servicios al turista y de «organizador» local del sistema.
- c) La interrelación turista-anfitrión, concerniendo a estos trabajos la naturaleza del contacto entre los implicados y las consecuencias del mismo.

Sin embargo, como Fernández Fuster (1985) anota, del mismo modo que no podemos limitar el impacto al núcleo turístico, pues sus efectos pueden sentirse en las zonas no turísticas lindantes y en las áreas generadoras, tampoco debemos considerar a ningún grupo como homogéneo, variando el impacto de acuerdo con las diferencias entre residentes y visitantes, ya en términos de número, frecuencia, procedencia y nivel económico, ya en cuanto a su cultura de origen, visión social o tipo de turismo que practique. Con estas consideraciones, y siguiendo la tipología de Smith (1977), podemos determinar hasta qué punto los turistas se adaptan al entorno local visitado (cuadro 2.3), aunque es escaso el conocimiento de los efectos del turismo no institucionalizado (Cohen, 1972) —exploradores y turismo de mochila— sobre las sociedades anfitrionas.

Se nos plantean de esta forma cuatro problemas que deben ser analizados: las relaciones residente/visitante, los sistemas de medida del impacto, el cambio social y el cambio cultural. Pero, antes de comenzar con esta tarea, es necesario precisar que los analistas del turismo se encuentran con serias dificultades para separar los efectos de éste sobre las culturas anfitrionas de aquellos cambios inducidos por otras causas. El turismo representa solamente una forma de exposición de los residentes a elementos de sociedades con una cultura diferente, con lo que podemos considerarlo responsable de acelerar los cambios, pero nunca como un factor endémico y necesario para el desarrollo de los mismos. Además de ello, los efectos iniciales sobre la gente, sobre sus vidas cotidianas, generalmente rápidos y claramente identificables (*impactos primarios*), se vuelven con el tiempo lentos, rutinarios (*impactos secundarios*) y, con esto, mucho menos obvios tanto para los actores sociales como para la mirada del investigador.

3.3.1. Las relaciones residente/visitante

Si bien no es necesario el contacto directo turista-anfitrión para que se dé el impacto,²⁸ la presencia de corrientes turísticas en un núcleo receptor posi-

27. Citado por Mathison y Wall, 1986: 133.

28. La mera señal de los turistas y sus comportamientos pueden inducir a cambios comportamentales sobre la parte de los residentes permanentes.

ibilita la coexistencia de dos realidades separadas, universo del turista y universo del residente, en el mismo espacio físico. El turista se encuentra separado de sus anfitriones por los factores de dominio, la distinción trabajo-ocho, y todas las diferencias culturales se muestran en situaciones o encuentros particulares que serán el mayor factor de influencia en el entendimiento o rechazo.

Ahora bien, tal punto de vista —dos mundos separados, dos extremos— peca de cierto simplismo. Como indicó Frick McKean (1977: 94-95), podemos situar, si es imprescindible y, en cualquier caso, exclusivamente durante las etapas iniciales de la investigación, dos extremos metodológicos: de una parte el «mundo turista», en el que el total de los cambios socioculturales ocurren en el área afectada por el turismo y el área anfitriona viene a ser modelada desde los patrones de los grupos visitantes, y, de otra, un «mundo nativo» en el que no ocurren cambios, y la vida usual anterior al contacto continúa. Éstos deben ser contemplados como los polos de un *continuum* y cada uno puede ser visto como un «tipo ideal». En la práctica, la aparente continuidad o persistencia de cada uno deberá ser explicada en términos del sistema, de manera que permita llevar a cabo transacciones autónomas y no interferentes.

Se pueden señalar tres contextos básicos de encuentro (De Kadt, 1979: 50) que deben ser estudiados por el investigador, éstos son:

- a) Cuando el turista adquiere un bien o servicio del residente.
- b) Cuando el turista y el residente se encuentran uno junto al otro en lugares de ocio, tales como una playa, un parque, un festival o una discoteca.
- c) Cuando las dos partes se encuentran cara a cara con objeto de intercambiar información e ideas que faciliten su entendimiento.

Pocos estudios tratan específicamente, sin embargo, la naturaleza y dinámica de la relación turista/anfitrión en sus tres dimensiones —interacción, percepción y motivación— (Cohen, 1984: 379). Sutton (1967: 220) inicia el análisis del carácter distintivo de esta relación especial y lo caracteriza como una serie de encuentros, donde los participantes están orientados a conseguir una gratificación inmediata más que a mantener una relación continua, con lo que la interacción se presta al engaño, la explotación y la desconfianza, esto es, «ambos, turistas y nativos, difícilmente pueden escapar a las consecuencias de la hostilidad y la deshomestidad» (Van den Berghe, 1980: 388) en unos encuentros donde se enfatizan y se da prioridad a la relación comercial transitoria (los dos primeros contextos señalados).

De acuerdo con la UNESCO (1976: 82), tales encuentros están caracterizados por cuatro grandes rasgos:

1. Los *encuentros transitorios* son una característica de la mayoría de las visitas de los turistas temporales y son vistos de manera muy diferente por ambas partes de la relación, en tanto que la relación temporal es diferente para cada grupo interactuante. Es fácilmente comprensible que el anfitrión pueda verla como una relación superficial que se lleva a cabo a lo largo de la estación

turística, como una experiencia tautológica y repetitiva, en tanto que se funciona a partir de estereotipos y no de individualidades.

2. *Tiempo y espacio* continuamente tienen el efecto de obligar e intensificar los encuentros, que a su vez se ven restringidos a los empleados directamente en el sector (por ejemplo, hoteles o apartamentos y sus servicios) o al resto de la población señalada por su tipismo/orarza desde un autobús o desde el «güeto turístico». Si distinguimos, de nuevo, por tipos de turistas hay que precisar que algunos, *exploradores y drifters*, están suficientemente motivados para mezclarse de inmediato, si bien de forma artificial, con la población residente (Cohen, 1972: 168), mientras que el turismo de masas tiene controlados sus movimientos directamente por los tour-operadores o indirectamente a través de la localización de sus «güetos» (complejos en lo que a servicios de ocio y descanso se refiere).

3. Además, es típica una suerte de *espontaneidad* en la mayoría de los encuentros. El turismo toma ciertas relaciones humanas informales y tradicionales del área de actividad, volviendo sus actos de la hospitalidad espontánea a la transacción comercial (De Kadt, 1979: 14) (tales como el pago por ver una ceremonia o la artificialidad de una expedición de compras organizada). Los encuentros son preparados con antelación y formalizados, incluso mediante contrato, con el fin de que se encajen en el horario del tour y ofrezcan exactamente lo que el turista espera.

4. Otra característica frecuente de los encuentros viene dada por una relación turista/anfitrión basada en *una experiencia desigual y desequilibrada*. El anfitrión se siente inferior (UNESCO, 1976: 93) y, para compensar esto, una vez percibidas las debilidades del turista, explota su aparente abundancia.

Podemos, pues, resumir lo dicho en que la relación turista/residente está continuamente variando en grado, incluida en y regulada desde dos sistemas socioculturales diferentes: un sistema nativo, que es invadido por el turismo, y el emergente sistema turístico. Los turistas son inicialmente tratados como parte de las relaciones tradicionales anfitrión/invidado, pero al incrementar su número comienzan a ser menos bienvenidos (Cohen, 1982: 248), alejándose de la relación tradicional. Pasan, pues, del trato familiar a otro que no precisa obligación ni reciprocidad, esio es, el comercio, donde la hospitalidad entra en el dominio económico y el encuentro se basa en la remuneración (Greenwood, 1977).

3.3.2. *Los sistemas de Doxey y Butler para medir el impacto*

Siguiendo a Murphy (1984), Mathieson y Wall (1986) y Lea (1988), pocos estudios han sugerido las formas de valorar el impacto social del turismo. Una res de las direcciones tomadas por los teóricos ha sido enfocar sobre los factores de presión y buscar el umbral entre aceptación y rechazo de la industria. Tal aproximación tiene mucho en común con el concepto de capacidad de sustentación, pero tiende a ser más abstracta en tanto que extrapolaba un concepto más o menos tangible por medidas biológicas al campo de las presiones y actitudes humanas, de carácter no cuantificable.

FASE	
1	Euforia
2	Apatía
3	Enojo
4	Antagonismo

Fase 1: Euforia	Fase inicial del desarrollo, visitantes e inversores son bienvenidos, pocos planes y mecanismos de control
Fase 2: Apatía	Los visitantes se dan por sentidos, los contactos entre residentes y visitantes toman forma comercial; la planificación está fundamentalmente dirigida al marketing
Fase 3: Enojo	El punto de saturación está próximo, los residentes recelan de la industria turística, la administración trata de solucionar creando infraestructura más que limitando el crecimiento
Fase 4: Antagonismo	La irritación es abiertamente expresada, los visitantes son visos remedialio, pero la promoción devese y se deteriora la reputación del destino

Fig. 3.6. *Índice de irritación de Doxey (Murphy, 1984: 124).*

Dos son los sistemas que parecen ser capaces de valorar tales factores intangibles, aplicándolos a las investigaciones sobre el impacto social del turismo, aun reconociendo que éste cambia a través del tiempo en respuesta a los cambios estructurales de la industria y la intensidad de la relación turista/residente.

Doxey (1975), tomando la idea de Young (1973),²⁹ propone un índice de irritación que se identifica con los efectos acumulativos del desarrollo turístico sobre las interrelaciones sociales. Basando su modelo en análisis de trabajos de campo en núcleos turísticos como Barbados y Niágara (Canadá), sugiere que la existencia de impacto recíproco entre visitantes y residentes puede ser convertida metodológicamente en varios grados de irritación de los residentes.

Esta puede tener sus orígenes en el ascenso del número y/o frecuencia de turistas y la amenaza de que ellos actúen sobre la forma de vida local pasando sucesivamente a través de estados de euforia, apatía, enojo y antagonismo (figura 3.6), estado este último en el que, generalmente, la gente considera que ha perdido lo que apreciaba y el entorno está destruido.

Mientras que, como vemos, el modelo de Doxey sugiere una secuencia unidireccional, donde las actitudes de los residentes van cambiando en el tiempo en una secuencia predecible, el de Butler (1975)³⁰ reconoce que las

29. Según Young (1973: 111), existe un nivel de saturación para el turismo, sobre una localidada, y si ese nivel es excedido los costes del turismo comienzan a superar a los beneficios. Esto es, el turismo empieza a considerarse, al menos, como poco deseable.

30. Aplicación al fenómeno turístico del desarrollado por Bjorklund y Phibbrick (1972 y 1973) para analizar los procesos que tienen lugar cuando dos o más grupos culturales interactúan.